

Carmen Iglesias / Académica de la RAE y de la Real Academia de la Historia

“Los jóvenes de hoy quieren recompensas inmediatas”

por Jaime Fernández

Con una larga y acreditada experiencia docente en la universidad, Carmen Iglesias, afirma en esta entrevista que, a diferencia de generaciones anteriores, los jóvenes de hoy quieren recompensas inmediatas por su esfuerzo, sin pensar que la gratificación puede llegar o no. También se opone a la tendencia hacia el criticismo exagerado que observa en la enseñanza

¿Hasta qué punto es factible que el sistema educativo pueda adaptarse a la sociedad?

Si tuviéramos que adaptarnos a la sociedad de forma sistemática, posiblemente no habríamos salido de la Edad Media. Hay una interrelación entre lo que llamamos alta cultura, cultura general, educadores y la propia sociedad y ésta es susceptible de ser educada. Si a eso que entendemos por sociedad, un término tan abstracto y amplio, le damos televisión basura, sólo querrá televisión basura. Creo en la voluntad y en la libertad de los seres humanos para cambiar y formarse. La herencia ilustrada de la creencia en la educación no entraña que ésta vaya a cambiar la realidad, pero sí formar individuos, y esos individuos constituyen la sociedad. No podemos esperar a que ese ente abstracto que es la sociedad decida algo de lo que es incapaz. De ahí que los educadores y la universidad como tal tengan la obligación de dar la batalla por las humanidades.

¿Qué le parece el debate sobre la calidad de la enseñanza?

No creo que la masificación haya sido la culpable del descenso de la calidad educativa. Desde luego, un factor fundamental en la educación escolar son las técnicas de enseñanza, especialmente en un momento en que ésta ha dejado de ser para elites y se ha extendido a todas las capas de la población. La calidad ha descendido en parte porque se ha buscado el camino más fácil, que es no exigir a los niños y adolescentes que desarrollen una disciplina interior. Esta dejación no afecta sólo a nuestro país sino a toda Europa.

¿Puede haber influido en esta situación el modelo educativo de corte norteamericano?

Ese modelo considera que los centros de Educación Primaria y Secundaria son un aparcamiento para jóvenes y adolescentes, donde aprenden lo mínimo. Al final de estas etapas se selecciona al alumnado que puede valer más, y que es el que llega a la universidad. Sin embargo, es aquí donde tendrá que enfrentarse a la verdad, puesto que los estudiantes se ven obligados a aprender todo lo que no han podido en las etapas no universitarias. En cambio, el modelo europeo, aun con las típicas diferencias continentales, parte de una Enseñanza Primaria dotada con unas bases firmes y luego de una Secundaria que da opción por lo menos a que no se desprecie lo que no se sabe.

Parece más razonable el sistema europeo.

Es más democrático en el sentido griego de la palabra. Precisamente una característica de Occidente ha sido la creencia en la capacidad de transmitir, algo que, sin embargo, no ocurre en otras culturas, donde la transmisión sólo está reservada a los elegidos, ya sean los mandarines o los escribas. Para los griegos, cualquier ser humano podía acceder a un conocimiento, y se daba por sentado que toda persona tenía capacidad para aprender. Se trata de una base tan profundamente democrática que no debemos perder.

¿Puede que las diferencias entre los modelos europeo y anglosajón se deban a dos visiones distintas de la movilidad social?

Es posible. Pienso que no hay ganancias absolutas en la historia. El sistema educativo anglosajón tiene sus desventajas, pero también ha favorecido una movilidad social que no ha existido en ninguna otra parte del mundo como en Estados Unidos, donde se valora al individuo que hace algo por sí, mientras que en Europa, y particularmente en España, eso resulta más dificultoso. Aquí pesa más el influjo y el pensamiento del grupo que el del individuo. Quizá no sea casualidad que los totalitarismos hayan surgido en Europa. Además, en España observo con asombro la curiosidad por las procedencias familiares que manifiestan grupos pertenecientes a las clases medias. Estamos ante una actitud que resulta impensable en Estados Unidos.

¿No será que en Europa siguen pesando las raíces?

Pero prescindir de las raíces es una barbaridad, sobre todo para la educación. Hay que ofrecer primero a los estudiantes temas con los que se entusiasmen, de manera que los hagan suyos, y que de ese material extraigan las dudas o las críticas. Pero una enseñanza que parte de un criticismo exagerado, del relativismo e incluso del nihilismo no significa que por ello demuestre más tolerancia. Con un sistema como éste el alumno no tiene nada a lo que agarrarse.

En la crisis de las humanidades ¿pueden haber fallado los métodos de enseñanza o la lectura?

No es ese mi caso desde luego. Conservo un recuerdo muy grato de la Enseñanza Secundaria que recibí. Tenía razón aquél que dijo que somos de donde estudiamos el Bachillerato. Mi experiencia en este sentido fue fantástica. En el instituto público de Enseñanza Media donde estudié, el “Lope de Vega” de Madrid, teníamos un profesor especializado para cada materia y realizábamos prácticas. En general, era un profesorado magnífico. Por ejemplo, un profesor de Matemáticas nos enseñó que esta materia no trataba sólo de cuestiones tecnológicas sino que nos remitía a nuestras propias estructuras operativas lógico-matemáticas. Nos hizo comprender. Hace poco el catedrático de Matemáticas Miguel de Guzmán comentó cómo explicaba el valor de éstas en un colegio de Primaria, donde les contaba a los chicos que eran como un juego en el sentido profundo del término y al mismo tiempo un aprendizaje que requiere esfuerzo. Por lo que se refiere a mi experiencia en el ámbito de las Humanidades, sobre todo en el latín y el griego, más que en la historia, teníamos profesores que nos enseñaban el contexto histórico, algo fundamental para acceder al conocimiento humanístico.

La herencia ilustrada de la creencia en la educación no entraña que ésta vaya a cambiar la realidad

Es en el contexto espacio-temporal donde los expertos sitúan uno de los fallos en la enseñanza humanística.

Efectivamente algo ha fallado. Se trata de saber situar los acontecimientos, tener un sentido de espacio. Por regla general, se entra en el estudio de la Historia a través de las aventuras y de personajes en los que el alumno va profundizando mediante el esfuerzo; porque insisto en que la escuela no es un juego, para eso está el recreo. Conozco a muchos profesores de Secundaria vocacionales que están desesperados. Resulta que si llaman a los padres de un alumno para decirles que su hijo llega tarde a clase todos los días, se pueden encontrar con que éstos le desautoricen por criticar los horarios del chico.

Tal vez la organización escolar no funcione como debería.

Tiene que haber una reglas, un marco de referencia. Es verdad que se han producido unos cambios en las estructuras familiares que todavía no hemos sabido asimilar. Con mucho acierto, José Antonio Marina habla de la "familia mercurial", es decir, las familias que son maleables, que se deshacen y se rehacen, que se escinden. Nadie quiere responsabilizarse de los hijos cuando el padre y la madre se separan, ni enseñar esa disciplina que necesitan, sino que tratan de que todo les resulte muy agradable para que no les causen problemas.

¿No será que se pide demasiado de la escuela?

La escuela no puede ser la guardería y el único espacio educador. Una de las máximas satisfacciones que he recibido en mi vida es que un colegio de Primaria de Tres Cantos, aquí en Madrid, lleve mi nombre. Parece ser que los responsables del centro querían que el centro llevase un nombre de una mujer, dado que en la enseñanza las mujeres están mayoritariamente representadas, y que además estuviera vinculada a la docencia. Fue algo emocionante. Los profesores del colegio son vocacionales, algo que considero fundamental cuando se trata de enseñar a niños. Aunque la mayoría de las aulas son multiculturales, tengo entendido que realizan su labor docente en mejores condiciones que los profesores de institutos. El colegio se rige por unas normas generales que tienen que cumplir todos.

El tipo de alumnado de Primaria y Secundaria siempre ha sido muy diferente

Además nos encontramos con unas generaciones de adolescentes que felizmente lo han tenido más fácil que sus predecesoras. No han estado expuestos a situaciones límites o penosas, reciben muchos estímulos de los medios de comunicación y disponen de ofertas que les resultan atractivas. Observo en mis propios alumnos universitarios que carecen de eso que un sociólogo clásico, Thomas Merton, definía como la postergación de la gratificación, es decir, la conveniencia de hacer las cosas por sí mismas, porque son satisfactorias, porque hay que cumplir aquello con lo que uno se compromete. Se trata de cuestiones que resultan básicas para funcionar en la vida. La gratificación puede venir o no, pero en todo caso vendrá después. Ahora, en cambio, los jóvenes, precisamente cuando la vida se ha alargado más, exigen la gratificación al momento. Si hacen algo, quieren que se les recompense por ello de inmediato. Sin embargo, en esta vida no siempre se recibe la recompensa esperada. Existe eso que Weber llamaba "la injusticia ética del mundo". No siempre el bien se ve recompensado y el mal castigado. A pesar de ello, es preciso seguir como si esto fuera a ser siempre así.

¿Qué puede influir en esos comportamientos?

Aunque es evidente que vivimos en una época compleja, desde siempre el presente ha sido visto por los contemporáneos como una decadencia de lo que existía anteriormente. Por ello hay que tener cuidado con los juicios que se emitan. Tenemos que intentar sacar lo mejor del pasado y no perderlo. Uno de los fenómenos más apasionantes de nuestro tiempo es que incluso el paradigma científico-tecnológico, en vigor desde el siglo XVII hasta ayer como quien dice, haya cambiado. Ahora es la tecnología la que tira de la ciencia. También ha cambiado el método de trabajo de los científicos. Hemos pasado de la época del genio

individual, aislado en su laboratorio, o de una comunidad científica reducida, en la que todos sus miembros se conocían, al trabajo en equipo y a través de redes de grandes consorcios que trabajan en laboratorios enormes, como por ejemplo en la biotecnología. Un científico puede permanecer buena parte de su vida profesional investigando un aspecto muy concreto de un proyecto. Lo curioso es que apenas nos hayamos percatado de este cambio.

Pero las ciencias gozan de más prestigio que las humanidades.

Sin embargo, la gente sigue leyendo novelas o libros de historia y acude al cine. El ser humano necesita las vidas que no puede vivir en nuestra breve existencia individual. Por ejemplo, resulta significativo ese fenómeno de la gente visitando masivamente las exposiciones de los museos. Aunque estos fenómenos puedan interpretarse como expresiones de banalidad y superficialidad, yo los veo con optimismo. Por ejemplo, estoy segura de que los niños que acuden a esas exposiciones tienen que sentirse impactados. Sólo una sociedad que ha cubierto las mínimas necesidades materiales puede permitirse este tipo de iniciativas. Es el lujo necesario de la cultura.

No todo el mundo puede acceder a ese lujo.

De todos modos, no creo que todo el mundo tenga que optar por la alta cultura. Lo importante es que sea accesible para quien desee acceder a ella, independientemente del grupo social o familiar al que pertenezca. Esa posibilidad de acceso a la cultura representa la gran revolución de nuestro tiempo. Es cierto que, como dice Steiner sobre todo en esta última fase desesperanzada de su obra, la cultura no nos ha librado de guerras ni de los horrores diarios. Pero la condición humana no es la de los ángeles, aunque tampoco la de los demonios.

¿Cómo ve la evolución de la cultura española en los últimos años?

Hemos dado un gran salto en estos últimos veinticinco años. Aunque uno de los problemas es que, quizá con cierta lógica, tendemos a proyectar los cuarenta años de la dictadura franquista, del aislamiento y la vergüenza que nos hicieron pasar sobre todo cuando salías fuera del país, hacia todo lo anterior. Pero cuando se estudia nuestro reciente pasado, no a través de la literatura -pues entonces nos encontramos con el esperpento de Valle-Inclán, que es como si para conocer nuestra época se la juzgara sólo por las películas de Tarantino-, vemos que en los años treinta del siglo XX España experimentó un notable desarrollo. Fue una época de gran riqueza cultural, aparte de un notable desarrollo social y económico, que sin embargo no se corresponde con el fatal desenlace de la guerra civil. En España había desigualdades y problemas, pero no muchos más que en otros países europeos por aquellos años.

Se entra en el estudio de la Historia a través de las aventuras y de personajes en los que el alumno va profundizando

Entonces, ¿España no era un país diferente?

Por ejemplo, la época de la Restauración fue conservadora, pero es que en toda Europa el paso de una sociedad oligárquica a una sociedad democrática, con todos sus defectos, resultó muy traumático, como lo demuestran los totalitarismos y las dos guerras mundiales. Por ello creo que la guerra civil hubiera podido evitarse. Lo peor fue aquella postguerra tan larga, los años de la autarquía, y una política basada en la división de los españoles en vencedores y en vencidos.

Para las mujeres fue una época particularmente dura

Era una sociedad asfixiante, muy autoritaria. Somos pocas las mujeres de mi generación que seguimos embarcadas en una carrera profesional. En la facultad éramos también muy pocas, y salvo dos o tres, las demás se sentaban todas juntas en la primera fila de la clase. Para mujeres que sin duda eran inteligentes su principal preocupación era conseguir “un buen partido”, por lo que se servían de los estudios universitarios para dar un barniz a sus vidas, pero en absoluto con la intención de adentrarse en una carrera profesional. La educación sentimental de las mujeres a las que nos gustaba el estudio se diferenciaba, creo que en sentido positivo, de las de los hombres en que no hacíamos planes tan cuadrículados para nuestro futuro como ellos. Y luego está eso que Margarita Rivière llama la ética de la disponibilidad de las mujeres, que es un valor que no habría que perder ni en las mujeres ni en los hombres.

“No se puede pensar que todo es relativo”

¿Por qué a menudo se confía más en la ficción literaria que en la Historia?

La literatura te presenta personajes con los que puedes identificarte, por complejos que sean, mientras que la Historia exige una matización especial. Además, eso tiene que ver con el descrédito de las humanidades, del saber y del conocimiento. No se puede pensar que todo es relativo. En todo caso lo será dentro de unos marcos de referencia. Así como la ciencia ha cambiado nuestra visión de la realidad, también en la Historia, a medida que profundizamos e indagamos en la vida cotidiana de las personas, los elementos materiales, arqueológicos, artísticos, etc., hemos ido enriqueciendo y matizando esa visión histórica. Es evidente que la Historia tiene unos límites, que la literatura de ficción desconoce.

En mis clases de Historia de las Ideas se leía a los clásicos históricos y políticos pero también novelas, eso sí, distinguiendo siempre un género de otro. En la ficción, el creador da vida a sus propias fantasmas, a sus obsesiones y creo que eso es lo que nos enriquece. La historia y la literatura son complementarias.

Además una ficción literaria puede determinar la aparición de nuevas ficciones.

Ahí tenemos el ejemplo de *El Quijote*, cuya influencia llega hasta el cine. Por ejemplo, en la película *Murieron con las botas puestas*, de Raoul Walsh, ya está presente la figura de Don Quijote. Hace dos años tropecé con una novela de Andrei Platonov, *Chevengur*, y de nuevo aparece un personaje quijotesco, tocado también por el idealismo.

“Minusvaloramos nuestra tradición literaria”

¿No cree que, en comparación con otros países europeos, minusvaloramos nuestro patrimonio literario?

Una cosa que siempre me ha llamado la atención es que en cualquier colegio del Reino Unido alumnos y profesores representan las obras de Shakespeare, una iniciativa impensable con las obras y autores de nuestro Siglo de Oro. Incluso cuando se trata de actores profesionales, deja mucho que desear la interpretación que hacen de tales obras. Creo que hemos minusvalorado nuestra propia tradición literaria. A esto hay que añadir el hecho de que la dictadura franquista, al apropiarse de los símbolos nacionales, produjo una reacción pendular de la que ha salido perjudicada precisamente esta tradición.

Carmen Iglesias (Madrid, 1942) es catedrática de Historia de las Ideas Morales y Políticas en la Universidad Complutense, donde ha enseñado a varias generaciones de

estudiantes, y desde 1996, directora del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Miembro de la Real Academia Española (RAE), donde ocupa el Sillón E, y de la Real Academia de Historia. Única mujer que forma parte del Consejo de Estado, ha sido profesora de Historia y Humanidades del príncipe Felipe de Borbón. Discípula de José Antonio Maravall y de Luis Díez del Corral, entre sus obras destacan *El pensamiento de Montesquieu* y *Razón y sentimiento en el siglo XVIII*.